



Portada: *Pubertad*, óleo de Edvard Munch

ÍCONOS

REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 8. Junio - Agosto, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ÍCONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ÍCONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ÍCONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ÍCONOS agradece el auspicio de ILLDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

Democracia y economía
PABLO ANDRADE 3

La nueva ruralidad en el Ecuador
LUCIANO MARTINEZ 12

Entre piratas y fantasmas
GALO CEVALLOS 20

DESCENTRALIZACION



La descentralización y el sistema político
JORGE LEON 27

Descentralización y relaciones intergubernamentales en Europa
JONAS FRANK 38

JOVENES

Bellos pero irresponsables
NORMA ALEJANDRA MALUF 47

De malestares en la cultura, adicciones y jóvenes
MAURO CERVINO 58

FRONTERAS



Cuba, la dignidad y la izquierda latinoamericana
MARC SAINT - UPERY 69

DIALOGOS

Estado y política en la Europa de fin de milenio: entrevista a Ludolfo Paramio
AUGUSTO BARRERA 77

ENSAYO



Frontera étnica y masculinidades en el ejercicio del gobierno local
FERNANDO LARREA 87

ILLDIS

25 años de aportes a las ciencias sociales 103

RESENAS

Reseñas bibliográficas:
- Modernidad y identidad
- La ciudad, escenario de comunicación 117

A propósito de las identidades juveniles

Bellos pero irresponsables

Hoy en día, lo juvenil se expresa en el pensamiento como un juego de imágenes superpuestas y contradictorias, cuya consecuencia es dejar vacío el lugar del sujeto



Desnudo azul, Dibujo de Henri Matisse

Norma Alejandra Maluf (Marcia) *
Consultora independiente

Introducción

Lo juvenil y el uni verso cultural juvenil aparecen como dimensiones problemáticas en la vida social no sólo por la diversidad de sus expresiones, sino por los múltiples procesos de significación que se articulan alrededor de sus prácticas. Como una identidad social diferenciada del mundo adulto y configurada como una esencia, plantea desde hace ya algunas décadas interrogantes sobre sus estilos y representaciones culturales, sus sistemas de valores, sus relaciones con el mundo de las instituciones sociales y políticas, interrogantes que son, al mismo tiempo, cuestionamientos sobre la ubicación y los procesos de integración social y cultural de las nuevas generaciones al mundo adulto y a la sociedad en su conjunto.

En un contexto cultural en el que los referentes de identidad y de construcción de la identidad están en crisis, las preguntas acerca del futuro afectan a la juventud, al ser ésta depositaria de mitificaciones múltiples. No obstante, pensar el futuro implica pensar el futuro de las nuevas generaciones, poner en relación los problemas del sujeto y la cultura, y suscitadamente la cuestión de la ética, como dimensión individual de las preferencias por las formas de convivencia socialmente exigidas y esperadas.

Quiero, a continuación, plantear algunos problemas generales de las culturas contemporáneas urbanas que, a mi parecer, forman parte de las condiciones a partir de las cuales se constituyen las identidades juveniles. Ellas son resultado del juego de proyecciones entre las instituciones y los procesos simbólicos que se articulan en las representaciones culturales sobre lo nuevo, lo viejo, lo juvenil, las ideas de futuro, y las representaciones simbólicas generadas por los mismos jóvenes en los intentos de establecer una idea de sí mismos. Perspectivas de una identidad personal y colectiva, que se construye en el inter-juego de las relaciones del sujeto con los otros, y en las intersecciones es-

pacio-temporales que conectan el presente con el futuro.

Los principales problemas a los que es preciso hacer mención, para dimensionar las dificultades del proceso de construcción de las identidades, preferencias y de las opciones individuales, son, entre otros, la ambigüedad de los imaginarios culturales sobre la juventud, que da cuenta, al mismo tiempo, de la carencia de espacios reales y simbólicos para pensar lo juvenil y promover la integración cultural de las nuevas generaciones; la crisis de las instituciones familiar y educativa como referentes valorativos y de identificación para las subjetividades en formación; la emergencia de los medios de comunicación masivos como proveedores normativos y generadores de representaciones culturales; y la dificultad para pensar procesos alternativos de socialización ciudadana en contextos de fragmentación social, crisis del Estado y de la misma idea de ciudadanía -tal como fue concebida por los modelos clásicos- como una alternativa para generar utopías, y un horizonte social y cultural menos incierto que el actual.

Por ello, la forma especial que adoptan las manifestaciones de la cultura juvenil no puede estar separada de los procesos y condiciones mencionados. Aunque las culturas juveniles en sí no constituyen el tema de este trabajo -ellas sí han sido ampliamente estudiadas en numerosas investigaciones- mi hipótesis es que las formas organizativas, la estética, las búsquedas de definición de lo propio, las formas de plantear las relaciones con la autoridad, la afirmación de la expresividad por sobre los objetivos racionales, y la búsqueda de integración a la sociedad adulta, son las maneras que los jóvenes tienen de afirmar una ética, como expresión de su individualidad y la subjetividad.

La reconstrucción de las sociedades europeas en la postguerra se tradujo en posibilidades de progreso y de acceso a los bienes que produjo el acelerado crecimiento de las economías y de las

Lo juvenil aparece como dimensión problemática en la vida social no sólo por la diversidad de sus expresiones, sino por los múltiples procesos de significación alrededor de sus prácticas

La ambigüedad de ser jóvenes: bellos, consumistas o irresponsables

La reconstrucción de las sociedades europeas en la postguerra se tradujo en posibilidades de progreso y de acceso a los bienes que produjo el acelerado crecimiento de las economías y de las

políticas sociales, y una de sus consecuencias más importantes para las nuevas generaciones fue el acceso masivo a la educación, y con él, la conformación de grupos y de rasgos juveniles que hoy consideramos como parte de una cultura específica. Se trataba del alejamiento del mundo del adolescente respecto del mundo adulto, bajo la tutela institucional de la escuela. (1) Cuando los grupos de adolescentes comenzaron a manifestarse por fuera de estos marcos institucionales, y en los años 50's surgieron los primeros signos de expresión, de estilos y de comportamientos propios, se inició al tiempo que un proceso de extrañamiento ante estas nuevas formas de expresión hasta entonces desconocidas, una apropiación y difusión de las mismas, como signos dignos de ser imitados, adoptados, y sobre todo consumidos.

Se propuso entonces a lo juvenil (sus jeans, su estilo, su música) como algo que hay que consumir y ostentar: un modelo general, un estilo de vida ideal que en adelante empieza a penetrar las relaciones, las formas de vida y las aspiraciones sociales. Este universo cultural no demoró en ingresar en las urbes latinoamericanas a través de los medios y de la industria cultural.

Hoy en día, lo juvenil se expresa en el pensamiento como un juego de imágenes superpuestas y contradictorias, cuya consecuencia es dejar vacío el lugar -indicativo- del sujeto y la subjetividad. De las definiciones convencionales sobre la juventud, podemos desprender que está caracterizada en el lenguaje por un sistema de categorías que clasifican, denominan, oponen y a la vez jerarquizan. Al mismo tiempo que lo juvenil se ha constituido como un modelo y un ideal de vida al que todos queremos acceder, un objeto a consumir por los mismos jóvenes: -lo nuevo que se opone a lo viejo, lo bello que se opone a lo feo- dicho modelo también establece estereotipos sobre los rasgos de los jóvenes a través de juegos de oposiciones similares: lo menor en oposición a lo mayor, lo incompleto en oposición a lo completo, lo transitorio en oposición a lo permanente, lo inmaduro en oposición a lo maduro. Irreflexividad, irresponsabilidad, indefinición también forma parte de lo que se llama ser joven.

Lo juvenil también se ha constituido en un modelo y un ideal de vida al que todos queremos acceder: lo nuevo que se opone a lo viejo, lo bello que se opone a lo feo

Muchas de las consecuencias de estos imaginarios son toleradas por ser parte de una condición marcada por la temporalidad, casi un hecho circunstancial en la biografía. Pero al mismo tiempo, el modelo opera a través de imágenes fijas y preestablecidas sobre los jóvenes: capta sus rasgos más superficiales y los transforma en una esencia: traduce la estética juvenil en una ética; convierte el gusto por las formas en formas de vida. En este juego imaginario ampliamente promovido, se ubican los jóvenes reales - más o menos identificados, más o menos alejados respecto a estas imágenes.

Al tiempo que este sistema de categorías define para la juventud imágenes y lugares contradictorios, construye y nos acerca a una comprensión de las políticas para el sujeto juvenil -pedagógicas, jurídicas-, como aquellas que se orientan a un ser-en-formación, a un ser no-concluido, a un ser incompleto, a alguien a ser a futuro, a una promesa más que a un presente.

Si lo juvenil es el significante de lo nuevo, de la belleza, de lo eterno a lo que hay que aspirar, este modelo se adapta al joven de clase media, integrado a las instituciones y con capacidad para consumir objetos e imágenes que ofrece la industria de la cultura. Del lado opuesto, se configuran las imágenes de quienes no se adaptan del todo al modelo establecido, las que definen un sujeto no integrado para el que se destinan los dispositivos de corrección, reeducación e intervención jurídica. Lo juvenil como lo irresponsable, lo vertiginoso, lo indeterminado y lo anómico operan en oposición a supuestos valores adultos, como aquello que hay que dejar de ser, para llegar a ser alguien.

Esta ambigüedad, este doble significado de lo juvenil cobra dimensiones perversas en lo personal y social. Es ya un lugar común decir que para los jóvenes no hay espacios, que los jóvenes buscan crear y defender sus territorios, en una lógica significativa que implica metafóricamente la carencia de espacios y de territorios simbólicos y reales donde ocupar un lugar para afirmar una subjetividad.

“Demasiado jóvenes y aún casi niños” se suele escuchar en todas partes. Bourdieu tiene razón

cuando dice que la juventud es la “tierra de nadie social” (2), un lugar ya ido, y donde todavía no se es. En este ir y venir de imaginarios, o no se logran entrever los espacios simbólicos y reales para hacer emerger una identidad, o éstos son lugares vacíos, por donde hay que transitar para construir un espacio para la existencia propia. (3) Espacios reales y simbólicos en cuya búsqueda vemos a los jóvenes, en sus itinerarios por la ciudad, ocupando esquinas, parques y barrios, en donde lo imaginario social proyectado como falta, lo simbólico y lo real se encuentran.

miembro de la comunidad, a través de la provisión de imágenes, y pautas de relación y de afecto que para aquél resultan fundacionales. Sin embargo, vale la pena recordar que los problemas vividos por la familia ponen en vilo la misma formación de los niños y adolescentes: la mutación de los roles, la multiplicación de las ocupaciones de la pareja de padres, y con ellos la desvalorización de la familia como agente educativa, frente a la institución escolar percibida como agente de modernidad. (5)

En efecto, la crisis principal de la función edu-

cativa de la familia parece radicar en el ejercicio de la autoridad, en el cuestionamiento al ejercicio de un rol paterno considerado como “tradicional”, y la consecuente proposición de las figuras de padre-amigo o de padre-compañero como alternativas de relación, como si la única posibilidad para hacer frente a la dominación fuera la inespecificidad de las funciones cotidianas.

Savater trae a luz la importancia que el ejercicio de la autori-

dad (en su concepción de “ayudar a crecer”) tiene en la configuración del concepto psicoanalítico de “principio de realidad” (6), es decir en la conformación del principio de que los impulsos personales terminan donde comienzan los derechos de otros, el cual es el primer acceso a la existencia de la otredad, de las instituciones y las leyes sociales.

Aunque podríamos pensar que estas formas no tradicionales de relación familiar aseguran la conformación de personalidades más libres, y por ende garantizan el desarrollo de ciudadanos democráticos, un proceso nunca tiene resultados unívocos. Al respecto dice Savater:

“la desaparición de toda forma de autoridad en la familia no predispone a la libertad responsable sino a una forma de caprichosa inseguridad que con los años se refugia en formas colectivas de autoritarismo.” (7)

La crisis de las instituciones de socialización como proveedoras de identidad

El proyecto de la modernidad fue concebido como un sistema funcional en el que cada institución debería tener como meta un lugar en la búsqueda del desarrollo individual y social y en la realización de la plenitud humana. En las últimas dos o tres décadas, sin embargo, la recurrencia del concepto de “crisis” (económica, política, social) parece traducir las imposibilidades para dar respuesta a éste que fue un imperativo de la vida moderna. (4)

Cuando hablamos de crisis, no podemos dejar al margen sus consecuencias para las nuevas generaciones, porque enunciar la crisis de las instituciones implica afirmar que lo que está en juego son las mismas reglas que rigen -o regían- las relaciones sociales, y ello incluye las relaciones políticas y pedagógicas, y de lo que podríamos llamar las relaciones de amor en cualquiera de sus formas.

La desautorización de la familia

No es necesario insistir demasiado en el muy conocido concepto de que la familia es la primera protagonista en la tarea de hacer del niño un



Cabellos, Dibujo de Henri Matisse

Una forma alternativa de la desaparición de la autoridad es que ésta se exprese también en una incertidumbre y desorientación sobre la posibilidad de establecer un proyecto de vida personal y social. Gran parte del problema citado tiene relación con el cuestionamiento de la función paterna, que hoy recibe imágenes confusas entre la maternización y su abolición casi absoluta.

No obstante, no puede dejar de reconocerse que en sociedades en las que subsisten patrones tradicionales de relación y de dominación, la figura del padre como patriarca que impone su propia ley, da lugar a formaciones de sujetos poco individualizadas, donde lo personal se confunde con lo familiar o grupal, y donde la ley -situada por fuera del sujeto- no alcanza a constituirse en una ética. De todos modos, si la paternidad -por déficit o por exceso- ya no es la figura referencial por excelencia, o si lo es débilmente, ¿dónde se constituye el principio siempre educativo de la transmisión del sentido, la confianza en sí mismo, de cómo establecer relaciones con otros, un sistema de preferencias y de valores, y en fin una ética?

No quiero decir que las nuevas generaciones se orientan hacia una pérdida de valores, afirmación de lugar común que hay que relativizar en un contexto en que los sistemas de valores se presentan de manera muy dispersa; sólo constatar que tanto los procesos de conformación como el carácter de los mismos parece tornarse muy confuso. (8)

La crisis de la educación

La que podría esperarse que reemplace a la familia en este "eclipsamiento" de autoridad es la escuela, la que, sin embargo, ha adquirido los rasgos de una crisis aún mayor. Varias son las razones:

I) la pérdida de prestigio de la educación pública - concebida como "escuela para pobres- que contribuye a ahondar las diferencias entre quienes pueden y quienes no pueden acceder a la educación privada.

II) la privatización de la acción de educar, y la transformación de los llamados "futuros ciudadanos", en clientes;

III) el dominio de la búsqueda de la eficiencia a través de resultados medibles, como la formación de los jóvenes en las "competencias" y "habilidades" necesarias para "asumir las exigencias del mercado" y de una sociedad compleja, sin haber establecido con claridad cuáles serían esas exigencias y demandas.

IV) la crisis de la posición del Estado en la educación, y con ella, de la idea de educar en valores como la solidaridad y la justicia, es decir de educar "buenos ciudadanos".

"Saliendo de una familia débil -dice Castoriadis- frecuentando una escuela que experimenta como una obligación fastidiosa, el joven se enfrenta a una sociedad en la que prácticamente todos los valores han sido reemplazados, por el nivel de vida, el bienestar, el con-

fort y el consumo." (9)

Podríamos agregar, o por su negación y el lamento de su imposibilidad. (10)

V) la crisis de la autoridad del maestro, de su status en la conducción del proceso educativo y de su identidad (11). La función del educador se ha debilitado, no sólo por el escaso reconocimiento a su trabajo que se traduce en la permanente escasez de recursos estatales para la cobertura de sus salarios (que llevó no hace mucho a los maestros chilenos a enterrar un ataúd con la afirmación de que "la educación ha muerto"), sino también por el reclamo de la llamada pedagogía activa de eliminar la asimetría entre educador-educando, la que en cierta forma -excluyendo sus formas autoritarias de expresión- garantizaba el reconocimiento de que para que alguien enseñe es necesario que alguien aprenda, eliminando con ello también el papel del maestro en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

VI) la competencia de la escuela con espacios educativos no formales - como la TV o el grupo - competencia para la cual no parece haberse establecido estrategias pedagógicas ni políticas.

Pero lo más grave, a nuestro parecer, de la crisis contemporánea de la educación es la concepción económica de las preferencias o valores educativos, más o menos explícitos:



Desnudo azul Grenouille, Dibujo de Henri Matisse

• La concepción instrumentalista de la educación, según la cual, la escuela prepara para el futuro y no para el presente, volviendo a ésta última y a los tiempos y actividades que se organizan alrededor de este objetivo, como instrumentos del porvenir. (12) Noción que refuerza la consideración del joven como alguien- a-ser en el futuro. La preparación para el futuro vuelve el tiempo en la escuela un espacio vacío, ocupado por normas y principios de funcionamiento institucional -llamadas también disciplina- que poca o ninguna relación -directa y eficaz- tienen con el fin de educar.

• El que el mundo de la educación esté pensado como un sistema separado del mundo de la vida, perdiendo así toda su riqueza y su dimensión expresiva. (13)

• La conversión de la eficacia y la eficiencia en valor, cuya tematización pasa a ocupar el lugar de otros valores;

• La concepción instrumental de la educación y la constitución de sus métodos y procedimientos en fines en sí mismos establece una ruptura insalvable entre el mundo de la escuela y el mundo de los jóvenes, y ello afianza el distanciamiento de la institución de su potencialidad como espacio público por excelencia para la enseñanza de valores e identidades autónomas.

• Lo anterior opera como demanda y explicación de las distintas formas de asociación juveniles, cuya intencionalidad parece radicar en “la búsqueda de ser persona” (14), difícilmente constituyente dentro del ámbito escolar.

Predominio de los medios de información como proveedores normativos

Maestros informales y competidores a los que la escuela combate y la familia acude en la búsqueda de soluciones a la necesidad de una “compañía” segura para los hijos, los medios de comunicación aparecen en la actualidad como otro de los lados oscuros en el proceso de socialización. Ningún otro agente aparece como un competidor más importante para la escuela, al respecto nada más asombroso que esta observación de A. Giddens:

“Si las tendencias de la audiencia televisiva continúan como hasta ahora, a los dieciocho años, el niño medio nacido hoy habrá pasado más tiempo viendo la televisión que desarrollando cualquier otra actividad a excepción del sueño.” (15)

Los efectos de la TV son objeto de debate y sus consecuencias en el comportamiento de niños y jóvenes ampliamente mitificados, en un entorno cultural en el que prevalece la creencia en que la violencia, el sexo y la criminalidad de las imágenes de televisión, conllevan la imitación y la acentuación de las actitudes de agresividad y violencia por parte de los más jóvenes. Las investigaciones realizadas en tal sentido, sin embargo,

no han arrojado resultados precisos que prueben la existencia de una relación directa entre el consumo de estas imágenes y el comportamiento violento de niños y jóvenes.

La principal influencia de la televisión parece residir en su papel demasiado activo en la formación de las representaciones que forman parte de la cultura oficial, sin que para ello se establezcan otras mediaciones e interpretaciones que constituyan un marco de referencia reflexivo contra la manipulación de la comunicación. Y esto por-

que la crisis de la escuela ha convertido a la TV en la “monopolizadora sobre la formación de las mentes” (16) de gran parte de la población que no accede -por razones socio-económicas y culturales- a otros referentes de información.

El problema que nos interesa es el poder de la televisión como “un instrumento que crea una realidad” (17), a través de un uso no solamente informativo, sino también prescriptivo de la palabra.

Al describir la realidad, la televisión la prescribe, estableciendo un discurso pseudo jurídico no sujeto a juegos políticos ni a actores identificados, pero que transforman una forma particular de percibir la realidad en una verdad universal. Lo que es percibido por los medios, se transmite como realidad en una hermenéutica no declarada como tal, que transforma los hechos en valores de identificación o de estigmatización de relación a los sujetos acerca de los cuales algo se afirma.

Si las tendencias de la audiencia televisiva continúan como hasta ahora, a los 18 años, el niño medio habrá pasado más tiempo viendo la televisión que desarrollando cualquier otra actividad

Si los medios no tienen consecuencias inmediatas en el comportamiento juvenil, si se derivan de ellos implicaciones indirectas, ya que al privilegiar los hechos dramáticos y excepcionales, la TV reproduce los temas y elementos de conflicto en la sociedad y con ellos el privilegio de la violencia, el acontecimiento transgresivo, la “vandalización” de los que reclaman por reivindicaciones sociales, acentuando con ello la brecha entre un mundo juvenil supuestamente informal y anómico y un mundo adulto institucional y ordenado. La interpretación mediática actualiza las oposiciones generacionales, y los hechos protagonizados por jóvenes adquieren versiones policíacas y jurídicas, determinando como ninguna otra la reproducción en los imaginarios sociales de las dimensiones negativas atribuidas a las identidades juveniles.

La pérdida del trabajo como un valor para la integración social

Aunque la escuela y la formación superior continúen siendo concebidas como el mecanismo principal de adquisición de prestigio y de ascenso social, los análisis que ponen en relación los índices de escolaridad con los de empleo, muestran que la primera no es una puerta de entrada segura de ingreso al segundo, como tampoco al dominio de las habilidades supuestamente requeridas para el desempeño laboral. Las expectativas creadas en el proceso de educación -especialmente en la enseñanza media y superior- no parecen contar con una contraparte real en un mercado de trabajo cada vez más estratificado, selectivo, y dependiente de las características de la calidad de la educación, hoy en crisis.

El objetivo explícito de la escuela de preparar al joven para su integración a la sociedad se pone en entredicho cuando se comparan las relaciones de la escuela con el mercado. Durante estos últimos años, los debates sobre la una y el otro plantean la existencia de una separación de la escuela de las necesidades del mercado, y viceversa, y se establece como remedio recurrente -pero inseguro- la posibilidad de atender las de-

mandas de un mercado cada vez más flexible e incierto para proveer de condiciones de estabilidad e integración social a las nuevas generaciones.

Son frecuentes también las alusiones acerca de la incapacidad del sistema escolar para adaptarse a los cambios científico-tecnológicos y apropiarse de los instrumentos que posibiliten condiciones educativas para los jóvenes en este sentido. Son también numerosos los documentos que mencionan como uno de los objetivos el de generar las “competencias y habilidades necesarias” coherentes con un modelo educativo moderno y de cara al futuro.

No obstante, los ideales educativos de la modernidad se encuentran con un mundo laboral al que le re-

Los ideales educativos de la modernidad se encuentran con un mundo laboral al que le resulta difícil sostener sus premisas básicas: la idea de progreso individual y social, y el pleno empleo

sulta difícil sostener sus premisas básicas: la idea de progreso individual y social, el pleno empleo, el sistema de compensaciones, la especialización de la mano de obra, la relación entre competencia y éxito, y la seguridad social, entre otros son aspectos que también están siendo profundamente cuestionados por las propias reglas de juego del mercado.

Ante esta situación, el pedir a la escuela la adecuación a un sistema inestable e incierto resulta ineficaz en un contexto donde aquella no ha podido hacer frente a los cambios, la entropía y la incertidumbre que ponen de relieve las crisis de las instituciones y del mercado de trabajo: la escuela, como dice un filósofo de la educación, todavía sigue enseñando un saber basado en la transformación de la naturaleza, los futuros previsible y las relaciones estables de trabajo, familia y pareja. (18)

En una sociedad en la que han desaparecido los signos rituales de pasaje de una realidad generacional a otra, y en la que la transmisión del oficio y la continuidad de la profesión paterna o familiar no constituye un vínculo seguro con el futuro, el establecimiento de preferencias por una forma de vida basada en el trabajo, y como la manera de integración social y cultural de las nuevas generaciones constituye un desafío muy pocas veces convertido en objeto de análisis y preocupación política.

Entre la ambigüedad cultural y la afirmación de las identidades

Otro problema con el que se encuentran los miembros de las nuevas generaciones es la construcción de identidades culturales, en medio del peligro de la disolución de la autoridad familiar, de la ineficacia de la escuela como referente de identificación y de integración a la vida adulta, los déficits en la construcción de la nación, y la llamada globalización de los mercados y sus implicaciones culturales. Esta tensión está contextualizada por el debilitamiento del discurso de la “sociedad nacional” y de su modelo, y lo que se ha llamado una crisis de los imaginarios de las sociedades acerca de sí mismas, y con ella de sus puntos de referencia, normas y valores. (19)

Cuestionadas las bases de los conceptos de Estado y Nación, nos encontramos ante un debilitamiento de los referentes de identificación, que -por lo menos imaginariamente- constituyeron para las generaciones precedentes elementos a partir de los cuales constituir una imagen sobre un “nosotros” en la mayoría de los países. En Ecuador, la imagen se sostuvo sólo débilmente al postergarse históricamente la búsqueda de soluciones a los problemas de la diversidad y la desigualdad étnica y cultural, mientras que la identidad nacional se forjó más bien sobre la base de la exclusión de las diferencias.

Esto conlleva algunas consecuencias:

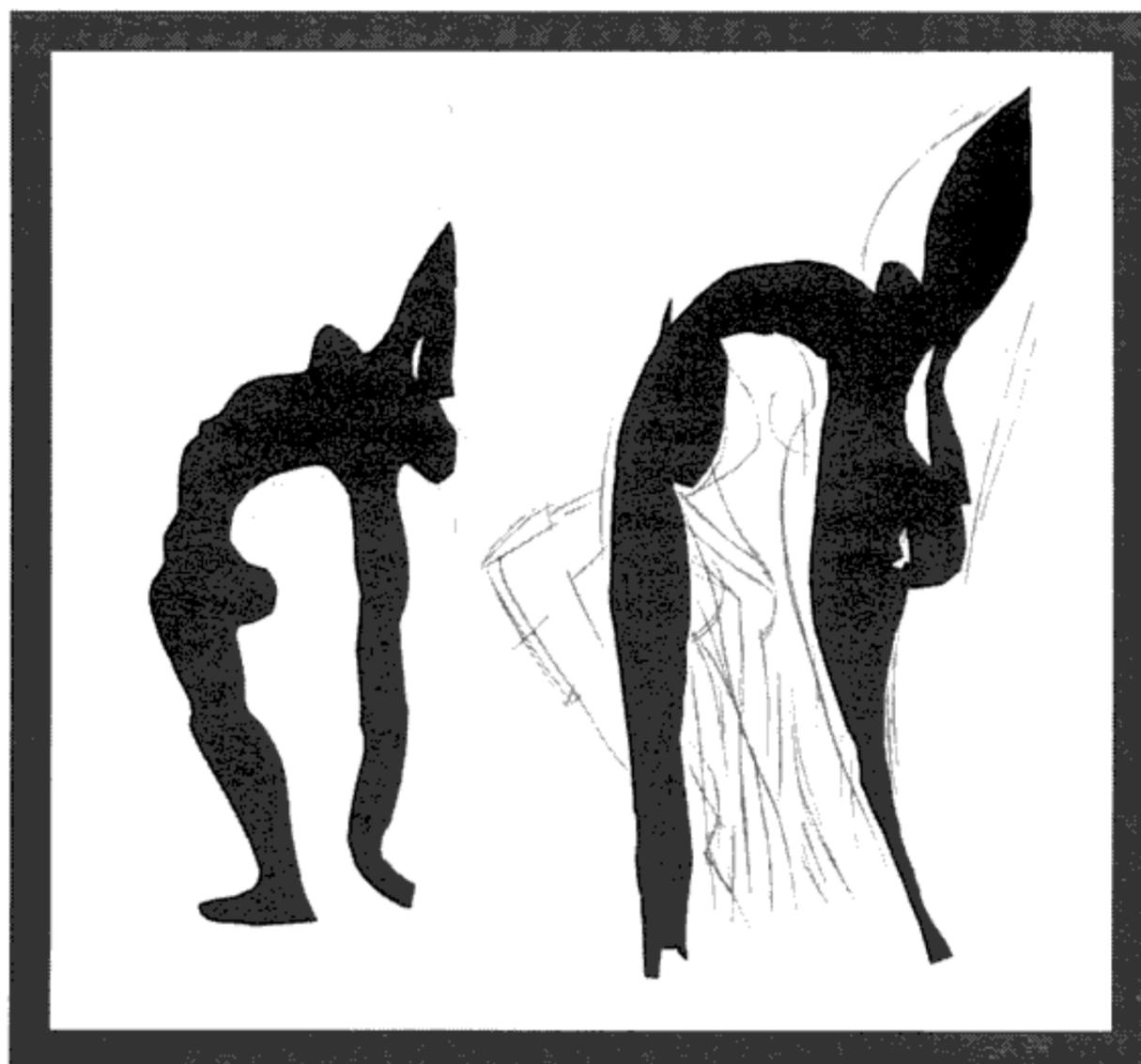
- Que en el proceso de integración a la sociedad nacional y adulta de la que están excluidos, los jóvenes se enfrentan al dilema de construir una identidad colectiva y las referencias a un “nosotros”, que al mismo tiempo se diluye y se niega a sí mismo;
- Que en esta búsqueda sin respuestas opten por dimensiones de la identidad de tipo generacional, y se definan muchas veces por lo que no son, quedando el problema de la autoafirmación individual como una cuestión pendiente hasta la adquisición de la llamada “madurez” o para el resto de la vida.

Se constituye así una identidad basada en la experiencia, en la propia subjetividad, donde la cuestión de la

otredad parece estar descalificada y resulta insuficiente. Como dice Baudrillard: “Todo tiene que venir de nosotros mismos. Y, en cierto modo, esto es la desdicha absoluta.” (20) Pero aún si eliminamos las connotaciones dramáticas, la forma en que se resuelven las identidades juveniles, es en una forma identitaria temporalmente limitada en el pasaje de la familia y el grupo hacia nuevas formas de integración, tránsito al final del cual impera más la incertidumbre ante preguntas sin respuesta acerca del “y después?” (21), que algún tipo de certeza.

La ambigüedad del concepto de ciudadanía en la construcción de los jóvenes como actores sociales

En el contexto de las crisis de las instituciones sociales y políticas, de los problemas de la gobernabilidad, de los riesgos de la “anomia”, y las dificultades de concretar la vigencia y consolidación de las democracias y los derechos humanos, la construcción de las ciudadanía se presenta como una de las pocas vías para establecer un horizonte cultural y político relativamente seguro para las nuevas generaciones. “Hagamos de los niños y adolescentes pequeños ciudadanos”, “Eduquemos para la ciudadanía”. Nuevamente



Acrobatas, Dibujo de Henri Matisse

solicitamos a los jóvenes o intentamos con ellos reembolsar los desencantos que ya sufrimos, recuperar lo que no tenemos, hacer surgir mágicamente lo que no hemos logrado concretar.

Casi no hace falta mencionar que la construcción de la "ciudadanía" adolece de múltiples dificultades en sociedades como la ecuatoriana, profundamente fragmentadas por la estratificación social, la desigualdad, la discriminación racial, y por la apropiación histórica y casi exclusiva de la ciudadanía como un proyecto conservador de dominación de la sociedad blanco-mestiza sobre los grupos indígenas. (22) En Ecuador, este concepto tiene esta doble dimensión: por un lado se refiere al ejercicio de los derechos y obligaciones de los individuos -abstractamente considerados- frente al Estado, y por el otro, connota una forma imaginaria de igualdad que borra las diferencias. "...La ciudadanía es efectivamente un dispositivo filosófico y político orientado a borrar las diferencias de jerarquía, honor, status, para imponer una forma de igualdad impersonal a través del individuo y la universalidad de la ley." (23)

El reconocimiento de las diferencias plantea los problemas de la igualdad en un contexto de lucha por las identidades culturales (comunidades indígenas, grupos de mujeres, grupos de jóvenes). Pero en una sociedad que no ha resuelto ni siquiera imaginariamente el problema universal de la igualdad, "el discurso de la diferencia corre siempre el peligro de transformarse en un discurso de la desigualdad." (24) Una desigualdad que se reproduce, y se perpetua en prácticas a veces resguardadas en el derecho, para intentar el ejercicio de nuevas formas de dominación -aunque marginal- sobre los otros. (25)

No obstante la noción y asunción de las ciudadanías se percibe como la única estrategia de asumir y hacer cumplir los derechos en una sociedad donde la cada vez más débil institucionalidad del Estado amenaza con socavar los derechos sociales, económicos y culturales conquistados hace algunas décadas, y donde los derechos individuales son una retórica en el contexto de un escaso desarrollo de la noción de individuo y de la subjetividad.

La "necesidad" de construir ciudadanías frente a las crisis del Estado, de la participación popular, de la educación, frente al avance simbólico de los medios masivos y al desencanto de la política, sigue apareciendo imaginariamente como el requisito de las sociedades para asegurar una sobrevivencia social en el futuro.

Los intentos juveniles en este sentido, parecen más bien centrados en la construcción de una identi-

dad generacional ligada al territorio y a las relaciones de proximidad que a la idea lejana de convivencia social y del nosotros abstracto y universalista del discurso liberal clásico -aunque la idea de ciudadanía no deja de plantear inquietudes para todos, incluso para los más jóvenes. Además, los esfuerzos por constituir una identidad juvenil universalista se enfrentan con la sectorización política, la fragmentación social, y en última instancia con un desarrollo aún incipiente de las identidades juveniles que se constituyen solamente cuando los individuos tienen acceso a un mundo culturalmente diferenciado de los mundos oficiales adultos, es decir a un universo cultural juvenil. Opuesto es el caso de los adolescentes y casi niños que abandonan la educación para integrarse a las filas del trabajo informal, para quienes la palabra "juventud" debe ser más un equivalente de responsabilidades que de preocupaciones existenciales.

La construcción de la ciudadanía se enfrenta sobre todo al desencanto de la política, a la impotencia y a los pragmatismos de los gobiernos frente a la racionalidad económica de los organismos internacionales, a la casi institucionalizada corrupción, a la insuficiencia de la tecnocracia para hacer frente a los desafíos de gobernar, a la dificultad de dar sentido a la vorágine informativa de los medios, al consuelo del consumo, y a la imposibilidad de construir o reconstruir un proyecto unitario de Nación, frente a sus fragmentaciones y negaciones históricas. (26)

Desde el punto de vista del sujeto joven, el ejercicio de la ciudadanía se ve también comprometida porque ella es concebida como una entidad y no como proceso. Algo que se asume, no que se construye.

Comentarios finales

Cada nueva generación plantea a las generaciones anteriores un cuestionamiento de sus modelos de integración, que al parecer va más allá de las adaptaciones -o desadaptaciones- individuales. En un contexto cultural embargado de incertezas como el que vivimos, las crisis sociales se traducen en crisis individuales, en "crisis de identidad" como la cara subjetiva de crisis institucionales y colectivas de amplias dimensiones. Las ambigüedades se subrayan como esenciales y "propias" de la identidad de los más jóvenes.

Sin embargo, la realidad es que las nuevas formas de integración social intergeneracional -aún deficitariamente caracterizadas- parecen atravesar por procesos cada vez más selectivos que ponen en peligro el quantum de capital no

sólo económico, sino especialmente cultural y simbólico que los jóvenes heredarían de las generaciones que les anteceden. Selectividad que a la vez pone en entredicho las condiciones en que se constituyen las preferencias individuales -y los mismos individuos- frente a un mundo institucional fragmentado pero absorbente en sus indeterminaciones.

Cabría investigar cómo se resuelve el problema de la autoafirmación individual de los jóvenes, y la relación individuo-colectividad en un universo cultural que se debate entre las exigencias del mundo impersonal del mercado y las instituciones, y la demanda a sus ciudadanos, mientras descuida las dimensiones de las subjetividades y de su desarrollo.

NOTAS

* Psicóloga. M.A. Ciencias Sociales. Consultora independiente.

(1) Autores como Phillipe Ariés ubican históricamente este acontecimiento en la sociedad occidental como consecuencia del "descubrimiento" de la infancia y la adolescencia, y el establecimiento de mecanismos de control social en torno a ellas, lo que se concreta en el siglo XIX con el desarrollo de la pedagogía y la creación de los tribunales de menores. En Mary Ana Beloff, "De los delitos y de la infancia", en Nueva Sociedad, Infancia y Vejez, Castigo y margen, No. 129, Enero-Febrero 1994, Caracas, pp. 104-113

(2) Bourdieu, Pierre, "La juventud es más que una palabra", en Sociología y Cultura, Grijalbo, México, 1990, pp.163-174.

(3) Michel de Certeau establece la distinción entre el "lugar" como un conjunto geométrico de elementos que coexisten en un determinado orden, y el espacio como "espacio practicado", animado por el desplazamiento de un elemento móvil. En Marc Augé, Los "no lugares". Una antropología de la sobremodernidad, Gedisa editorial, Barcelona, 1993

(4) A ello se refiere Castoriadis, cuando expresa el fracaso de las políticas y la ausencia de las mismas en todos los ámbitos: Castoriadis, Cornelius, El ascenso de la insignificancia, Frónesis, Madrid, 1996

(5) Un estudio de campo entre poblaciones indígenas del Ecuador ha demostrado cómo las familias se ven eclipsadas por la creencia de que son reproductoras de una educación tradicional, que se opone a la valorada educación "moderna" que proporciona la escuela. Mito que hoy habría que poner en duda. Cervone, Emma, Consultoría UNICEF, Ecuador, 1998.

(6) Savater, Fernando, El valor de educar, Edit. Ariel, Bogotá, 1997

(7) Idem, pág. 67

(8) Piénsese en las enormes proporciones que está adquiriendo en América Latina el proceso de callejización de niños y adolescentes, cuyas consecuencias personales y sociales aún no han sido cuidadosamente estudiadas.

(9) Castoriadis, op.cit., pág.21

(10) Educadores y técnicos de escuelas de sectores marginales en Quito, responsabilizan de todos los problemas

éticos y de convivencia que viven los jóvenes a la pobreza y la falta de recursos materiales.

(11) Cullen, Carlos, Crítica de las razones de educar. Temas de filosofía de la educación, Paidós, Buenos Aires, 1997

(12) Lo ha recordado Marcelo Dascal, en su trabajo "Diversidad cultural y práctica educativa", en León Olivé, Ética y diversidad cultural, UNAM, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pp. 229-252.

(13) "Mundo de la vida" es un concepto tomado de Schutz para significar el mundo de la vida cotidiana y del sentido común.

(14) Del trabajo de consultoría: Maluf, Norma Alejandra, Organizaciones juveniles y educación ética y ciudadana, Unicef, Quito, 1998

(15) Giddens Anthony, Sociología, Alianza Universidad, Madrid, 1996, pág. 483

(16) Bourdieu, Pierre, Sobre la televisión, Edit. Anagrama, Barcelona, 1997

(17) Idem, pág. 28-29

(18) Carlos Cullen entre otros, en op.cit.pág. 193

(19) Castoriadis, en op. Cit., pág. 124 -130

(20) Baudrillard, Jean, La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos, Anagrama, Barcelona, 1991, pág. 155

(21) Frase de una joven entrevistada, aludiendo a lo que pasaría cuando el grupo juvenil se acabe. Del diario de campo del estudio Organizaciones juveniles y lineamientos para la educación ética y ciudadana, UNICEF, Ecuador, Quito, 1998.

(22) Guerrero, Andrés, citado por Burbano, Felipe, Cultura política y democracia en el Ecuador, Konrad Adenauer Stiftung, Quito, Septiembre de 1998

(23) Idem, pág. 28

(24) Ibídem

(25) En este sentido, habría que estudiar prácticas de madres que se amparan en el derecho de familia para borrar la imagen de los padres frente a los hijos.

(26) "La política ha sido desacreditada hace ya mucho tiempo por la quiebra del comunismo, la impotencia del liberalismo conservador, la privatización de una sociedad cada vez más librada a los supermercados y a los medios masivos, la corrupción y la incompetencia de los políticos profesionales, y la desaparición de un horizonte histórico, social, colectivo y político..." en Castoriadis, ibídem.